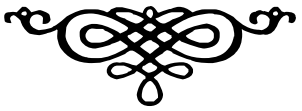
Círculo Rojo
EDITORIAL

Antes de que sepas la verdad

Antes de que sepas la verdad



JOSE IGNACIO GUTIÉRREZ DEL EGIDO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 2398-2026
ISBN: 979-13-7060-353-3

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jose Ignacio Gutiérrez Del Egido
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A los ojos que al mirar también ven, acarician y cuidan.
A los tuyos, Gacela.



ÍNDICE

Prólogo 11
Anselmo 17
Antonio 37
Ana 63
Parada 79
Silencio 81
Amalio 89
El relojero 95
Una limosna 99
Mosquitos mágicos 103
Visita infructuosa 109
Amor a primera vista 111
Había una vez 115
El dulce sabor del diálogo 121
Bésame 127
Un bollo 137
La misiva 141
De peras y penas 145
Asalto a medianoche 151
Noches de blanco satén 155
Noche de oro 159
La Bella Dulceida, «la Enamorá» 163
Noches de láudano 173
Carnaza para las ratas 181
Lo urgente, lo importante, lo placentero 185
Cafés con noticias 191
Mi querido diario 201
Lágrimas de abril 205
Pesquisas 221

La prestancia de los sentimientos y su preferencia 225
Mal pensados 231
Lucidez 235
La libertad del roble 241
La justicia de la mano
del hombre 247
Policía 257
Pichote 263
Comida familiar 267
Confesiones 281
Ángel y demonio 283
Sedante 287
Sopa de corazones 289
El jardín del olvido 295
La incertidumbre del gato 311
Días de recuperación 317
Llamas 327
Indagaciones, interrogatorios y bichos de tierra 333
Más atentados 347
Camino de la espesura 359
La presa 365
Senderos inciertos 377
Deambulando entre zorzales 385
Un monasterio 391
La fuente de los huesos 401
La profundidad del armario 407
Ajuste de cuentas 411
El aliento de una librería 415
Todo sucede por algo 421
Justicia bien repartida 427
Llámame mañana 435

PRÓLOGO

Los muertos esperan una eternidad. Una eternidad es un espacio de tiempo creado por el hombre para determinar lo que nunca llega. Podríamos además rebatir la idea de la espera, ¿esperar a qué? ¿A quién? Así pues, la idea de que el muerto espera una eternidad es una quimera, una afirmación inexacta, confusa y no probada por la ciencia, lo cual, ahora mismo, significa que tal abismo de incertidumbre se sortea con un puente de plata. Tal axioma es, básicamente y despegándolo de la fe, una falacia.

Antes de que sirvieran los segundos platos, entre las risas desbordantes de aquella mesa de amigos, Juanjo decidió vaciar su vejiga. Se levantó atusando la camisa de cuadros, escondiendo los picos de la misma dentro de su pantalón. Allí dentro, el estilete de su virilidad le enviaba mensajes debatiéndose entre necesidad y deseo: su consciencia le avisaba de que era urgente mear, el subconsciente le recordaba las formas explosivas de la desconocida hembra que vio en la barra del bar al entrar. Tenía ella una larga melena, sonrosados carrillos y sonrisas reventando por su cara como si fuera una vejiga de felicidad. El cuerpo de la mujer se ajustaba al estrecho vestido veraniego como un guante, propagando un

suspense erótico que mantenía en vilo la lujuriosa mente del observador. Después de aquel primer contacto visual Juanjo la descubría en el fondo del plato con cada cucharada que apuraba, y tal reverberación mental le causaba regurgitaciones, incitándole a saborear aquel instante pasado una y otra vez. Era un bocado lujurioso, un aditivo imposible de rechazar. Parecía el joven un tanto ausente en el inicio del banquete, con estrepitosas risas fingidas que no encontraban motivos, propagando el naufragio de su pensamiento en un mar revuelto de imaginaciones y recientes recuerdos turbulentos. El baño de los hombres estaba inmediatamente después del de las mujeres. El aseo masculino ofrecía un revestimiento de azulejos blancos, pequeñas piezas delimitadas entre sí por una línea roñosa, y en un orden que perdía la disciplina castrense. Así, el alicatado estaba fracturado en las esquinas, en alguna zona se había caído, y el total del conjunto estaba afectado por la humedad. Al pasar al lado del aseo femenino giró su cabeza a la izquierda, como un avestruz pendiente del león famélico que acecha desde la espesura, con desinterés y sin fuerzas. Su valiente mirada obtuvo recompensa: descubrió a la intrigante moza atusándose el cabello. Pasó de largo sintiendo que la necedad se apropiaba a empellones de su piel. Respiró profundo, se encerró en el baño y relajó sus necesidades. Percibió un latido galopante encerrado en su pecho, un caballo indomable coqueteando con la fuga. Terminó con la apremiante necesidad corporal y dejó el retrete tras lavarse las manos, cavilando sin saber sobre qué. Recorrió el camino inverso con el cuello girado hacia la derecha, pidiéndole a la fortuna que le ofreciera la misma visión. Y la tuvo. Allí estaba ella, de tez tostada, sonrisa desbordando sus carnosos labios carmín, con ocelos oscuros cual tizones

irradiando calor; como si fuera una amarillenta rana venenosa avisando de su peligrosidad con el color de su piel, la hermosa joven desconocida amenazaba, y a la vez atraía, con una mezcla de descaro y picardía incontestable. Se cruzaron las miradas. Fue un deleitoso frenesí, pimienta picante, una primera impresión positiva, un intercambio de intenciones obscenas codificadas en el mirar. La insinuación fue suficiente, la invitación con el dedo tajante; se encerraron en el excusado del fondo. Ella se llamaba Fusia. Prontamente descubrió el varón la voracidad de la lengua femenina, que se entonaba fácil, y simulaba, faenando en su boca, diez brazos acariciando el cuerpo con un baile de deseo y libidinosidad. Los nerviosos dedos del hombre desabrocharon la cremallera del vestido, cayendo por la espalda desde la nuca hacia el trasero, recorriendo una curvatura peligrosa directa hacia el infierno. Cedió suavemente el engranaje dentado que sostenía las carnes prietas de la muchacha y, tras desnudar la suave dermis cubriendo su columna y costillas, dejó al descubierto el borde superior de un tanga negro, desafío a la contención masculina que no tardó en desbordar la presa de la impaciencia. Un desaforado caudal de hormonas y neurotransmisores arrasaron sus venas, convirtiéndolo en el hombre más afortunado del planeta: su única desgracia era no tener más manos y besos. Desabrochó ella los botones de la camisa varonil y arañó el pecho del hombre, que percibió los bombardeos de unas uñas desatadas tratando de abrirse paso hasta su corazón. Una pelea de lenguas desató la tormenta, el chapoteo, la conquista, el olvido del presente, la responsabilidad y la insensatez. Todo se reducía a locura pura, enajenación sana dictada por la déspota juventud. El tanga, deslizándose impertinente por los trigueños muslos

de la hembra, liberó un aroma a almizcle que embriagó de confusión el baño y aceleró la actividad en la azotea de los amantes. Manos intrépidas atacaron la pechera del vestido, cayeron las defensas y un inmenso pecho ingrávido caldeó aún más el ambiente con la pócima más poderosa del mundo: el deseo visceral, animal, primitivo. O tal vez experimentara Juanjo en su alma un inusitado elixir de vida eterna que hizo sucumbir a sus labios, los más necesitados de la humanidad en ese momento. Sin dilación se colgó del pezón de la vida, se dejó morir sobre las palmas de la lotería del mundo. A horcajadas sobre la taza del inodoro juntaron los cables para producir un chispazo con miles de voltios, que se desplazó por las pieles, por los órganos y venas, y también por las arterias, y saltó de un ojo a otro y encrespó los pelos de la desvergüenza, e hizo chillar lo imprescindible a gargantas atiborradas de sensibilidad; y cuanto más se juntaban los polos opuestos más deseaban separarse, pero entonces requerían volver a juntarse. Cada vez más rápido, cada vez con ensañamiento. Los pies de él se resbalaban entre tales ímpetus, como si la baldosa fuera la grasa del palo donde trepan los mozos. Los pinreles de la efeba volaban cada vez más separados, como gallinas de corral espantadas; las baldosas sufrían por mantener la coherencia y los cristales, presos de ligeros vahos, no daban abasto para dejar entrar claridad. Los minutos se disolvieron entre prisas, y satisfactoriamente quedó consumido aquel arrogante impulso que ninguno entendió por qué quedó ejecutado con tanta presteza. Cuanta más imbecilidad pintaba las caras de los amantes, la puerta se entreabrió. Juanjo sintió un calambre fugaz e impetuoso asaltándole la cepa de la nuca, donde entroncan médula y cerebro. Le arrancó la consciencia *ipso facto*.

—Podías haber esperado — dijo ella.

—Nunca pensé que llegarías tan lejos, Fusia — contestó un tanto airado el tipo que apretujaba la jeta entre la puerta y el marco, tratando de abrirse paso para sujetar el cuerpo ya sin vida de Juanjo, que obtuvo la deliciosa muerte por más de uno siempre soñada: plácida, fugaz y empapada de sabrosura.

Al finado lo sacaron en una bolsa con poco disimulo; entre el alterado gentío daba el aspecto de un saco de basuras al hombro de un fornido hombre.

Les seguía la exuberante mujer de deliciosa sonrisa y un solo aro colgando de su lóbulo derecho, visión que absorbió cualquier otra mirada intentando hallar delito o misterio en el fondo del saco. Fusia también portaba una bolsa con enigmática carga de gravedad, aunque invisible: las miradas de todos y cada uno de los presentes.

Ni era el primero ni tampoco el último de los muertos que últimamente aparecían entre matas del bosque, semienterrados en cunetas o flotando en el río.

ANSELMO

«Puedes creer que eres más viejo que nunca, pero es mejor pensar que jamás serás tan joven».

La vejez es repugnante. Lo mires como lo mires a nadie le gusta envejecer, es como dar los últimos pasitos hacia la desaparición, donde el muerto, como hemos dicho, espera una eternidad. Si además la suerte no acompaña y los síntomas de pérdida de salud son evidentes, el deterioro biológico natural se convierte en una actividad poco o nada apetecible.

Anselmo sentía su cercanía al último día. A sus ochenta años la salud empeoraba aunque aún le bastaba para enfrentar cada amanecer con alegría y emoción. Las vicisitudes diarias que interrumpían aleatoriamente su bienestar le hacían intuir que la esencia vital se evaporaba como aroma de un tarro de mermelada. Una vez dado el salto al otro lado de la valla molecular, a nuestro protagonista le apetecía esperar eternamente, eso sí henchido de calma y satisfacción — suponía él— , mientras un caballo de Troya de bacterias lo devoraba. Siempre pensó que a los que le quedaba poco tiempo en el convento, si así lo necesitaban, se 'aligerarían'

dentro. Así que decidió hacer lo que le apetecía hacer, o tal vez lo que su aún lúcida razón le solicitaba constantemente ejecutar. Aquella mañana de luz amarillenta como leche ácida, decidió modificar el testamento y dar carpetazo a un asunto que comenzó a aturdir su mollera muchos años atrás. Lo iba a cambiar porque no estaba de acuerdo con las atenciones que le prodigaban sus vástagos que, aunque siempre atentos y cariñosos, escondían algo maliciosamente inquietante. Al anciano le incomodaban las actuaciones que sucedían a su alrededor cada vez con más frecuencia. Antonio, Ana y Amalio eran sus hijos, y escondían un secreto que no era capaz de desentrañar. Nunca se metía en sus vidas, jamás les echó nada en cara, pues sus actos no reflejaban malicia; no había posibilidad de crítica. Pero con el devenir de los años, igual que una lepra va comiendo la carne aledaña, distintos acontecimientos se convertían en episodios coincidentes poco halagüeños; y le daba que pensar. Como el día en que salía del consultorio médico y un vehículo se subió a la acera justo cuando él retrocedía al interior del edificio en busca de su boina olvidada. Aquel artefacto llamado coche, empujado por bestias bravas de algún infierno de combustión de cuatro tiempos se detuvo unos metros después; lo conducía su yerno, un tipo de moral conservadora con mostacho poblado y gafas de sol de piloto, un obeso casi mórbido que paseaba sus cuarenta y muchos con una chulería considerable. Estaba casado con Ana, su hija, y era guardia civil, odiaba el fútbol y cualquier otra actividad relacionada con las pelotas, esas que no soportaba que nadie le tocara, aunque en el fondo era un tipo sentimental. Aquel día se disculpó para posteriormente interesarse por la salud de Anselmo. Por poco se lo carga. Adujo a un despiste su impru-

dencia, pero olía a alcohol y sus ojos desencadenaban una tormenta de rabia mientras se disculpaba. Era guardia civil, y nadie se le podía subir al bigote. Anselmo, un tipo de ojo crítico y famélico en virtudes adivinas enjuició entre sonrisas las razones de su yerno, rebajándolas a mentiras encubiertas, pues bien pareciera el tipo estar lamentándose por no acertar con el momento exacto en que salía el anciano de la clínica, para, simulando accidente, llevárselo por delante. José María era un puto cínico que le gustaba el dinero más que a un niño un caramelo. Un par de años atrás, su hija Ana le había pedido un préstamo para hacer frente a unas deudas con el constructor de su rumboso chalet, aunque en realidad el endeudamiento procedía del casino, más concretamente del Black Jack, según le contó Eusebio, el pequeño gran hombre de piernas cortas que vendía cupones y se conocía la vida de media ciudad. José María era básicamente un chorizo que presumía de macho, un ignorante que a saber qué educación le estaría dando a sus hijos, los queridos nietos de Anselmo.

Corría el viento sinuoso por entre las grietas de las paredes de barro corroídas por los hambrientos años, anunciando escalofríos en la piel de los arrogantes pobladores. El viejo caserón olía a vacío; su jaspeada escalera blanca herida con porosidades en cada escalón se izaba majestuosa hasta perderse en la negrura de la soledad, en una altura sin definir, más alta cada año para el dueño, donde las esquinas de los techos habían sido engullidas por trampas de tela de distintas arañas, hacendosos bichos que usurpaban poco a poco cual okupas la morada; en el amplio escalón del descansillo, rompiendo con la monotonía del blanco, un tiesto rojo soportaba una rosa grisácea de tela aterida de suciedad, en la que había encontrado su nicho nupcial

una pareja de moscas ya cadáveres; los cristales laterales que acompañaban en la subida a la escalera, en coalición con mantos de polvo intratables, peleaban por impedir la entrada de claridad, dándole crédito así a la aparición de fantasmas formales por acción y gracia de reflejos imposibles; en un tramo del estirado y lúgubre pasillo que empezaba donde nacía el primer peldaño y se estiraba hasta la puerta, se veían viejos libros amontonados sobre un anaquel apostado contra muros de mampostería, tabiques añejos que sostenían inmutables la estructura del caserón pese al avance por distintos frentes de colonias de moho fructificando desde los cimientos de aquel hogar. Hogar sería una palabra demasiado seria, tal vez ya incorrecta para definir la edificación, pues quedó huérfana de calidez y ruidos cotidianos varios años atrás. Las jornadas se sucedían pausadas, estáticas, carentes de luz y sin estrépito en aquellos adentros, sin embargo, mientras tanto, como ocurre en cualquier lugar, pasaban cosas: siempre suceden cosas, haya presencia o no, y mientras se suceden las actividades, la vida transcurre callada llevándoselas. Por eso es necesario y bueno que pasen cosas, y que tú estés para percibirlas, y percibas la vida, que mientras tanto está pasando.

Era un día cualquiera, una mañana sin etiqueta, una rutilante porción en que se dividía la semana, de nombre martes o tal vez jueves, quizá viernes o lunes. Anselmo, tozudo en sus ideas y hombre de poco dormir, madrugó, se vistió con un traje gris, se anudó la corbata más elegante que encontró en su armario ribeteado de espejos, con tiradores de botón esmeralda desajustados y fondo de papel arrancado a jirones, y se calzó los botines negros de suela amenazando con despegarse.

Pegó un portazo para cerrar el ropero e impedir que se escapara el más bobo de los fantasmas, ese entrometido que siempre te pregunta a dónde vas, escondido en el mismo sitio tan fácil de encontrar, pero que asusta desde la negrura del guardarropas. Y aunque sepas que no existe te lo imaginas, y si tu vista no te permite penetrar en la negrura, te acercas para comprobar que se ha ido y no te va a asustar. No ajustó la puerta y la empujó con inquina, protestando. También el cristal se quejó del golpe, amagando con despegarse de la madera al tiempo que enviaba mil reflejos repetitivos de la cara del viejo.

Anselmo iba a acudir a su cita con el notario. Los inicios de la primavera empezaban a notarse en los jardines y en un par de horas los cálidos rayos del sol harían más apetecible la travesía hasta el despacho notarial. Tomó un ligero desayuno, encendió el transistor y escuchó un documental ya empezado sobre «La suerte del otro». Se arrepintió de no haber escogido ser el otro. Sintió que un nudo aledaño al de la corbata complicaba su respiración, o tal vez el nudo se escapara del estómago y amenazaba con enviar todo el desayuno fuera. Estaba nervioso. Ninguno de sus hijos conocía las intenciones de modificar el testamento, el cual, poco a poco, les había ido detallando en los últimos años. Pero el nudo mágico le decía que los hijos obraban mal, urdían un extraño plan cuyo objetivo final era terminar con él con prontitud. Pero ¿quién de ellos? ¿Acaso todos? Presentía él que lo estaban envenenando. Tosió forzado por el placebo de una insensata creencia y creyó ver gotitas de sangre salpicando el suelo. Respiró profundo. «Te haces mayor», se dijo a sí mismo.

Dos o tres veces a la semana recordaba salir al jardín a primera hora y regaba el manzano plantado por solicitud de

Mónica, su mujer. El esqueje hundido en la tierra durante años nunca había dado fruto, ni siquiera flores, se quedaba seco como una vara en época invernal y con la primavera rejuvenecía con nuevas hojas repletas de clorofila. Pero ninguna flor para satisfacción de las abejas. Anselmo no decaería en su misión de sacarlo adelante.

Salió a la calle y viró a su derecha, como siempre gustaba de hacer, se detuvo un instante en la tienda de Manuela — nombre de mujer que aparece en muchos cuentos con distinta forma, ocupación y personalidad— . En esta historia Manuela ejercía de frutera, una amable y simpática señora con muchos años dedicada al oficio de comerciar con frutas, divinos tesoros. Los vecinos estaban de acuerdo en que el capital que habría generado dedicándose a su frutería le era más que suficiente para jubilarse y traspasar el negocio, pero ella ejercía la necesidad de dedicarse a lo que tanto le gustaba: las frutas, el comercio, el trato humano, la práctica de las sonrisas que atraía otras. Vestía con un mandil naranja estampado con frutas amarillas, moradas, blancas, rojas y verdes que sujetaba con un lazo en su espalda; su pelo cano se recogía en un moño y repartía amabilidad con la lentitud que le imponían los músculos; nunca jamás dio una mala respuesta. Como cada día en que se encontraban, saludó con la emoción que causa el saberse afortunado por volver a saludar a quien aprecias. — Apunta, lector, socializa con sonrisas y no desprecies ningún instante para regalar tales prebendas— .

—Buen día, Manuela.

—Hola, Anselmo, ¡qué alegría verte, como ayer, ja, ja, ja!

—Solo vengo a preguntarte cómo estás en este día tan grato — dijo ilusionado Anselmo.

—Ya, ya lo sé, ayer te llevaste un buen puñado de manzanas, dudo que las hayas terminado — comentó la dulce anciana— , o a lo mejor me quieres devolver alguna con gusano, je, je, je. — Hizo reír al visitante.

—Disfruta mucho, Manuela, te veo en otro rato — se despidió Anselmo levantando una mano y zarandeándola efusivamente.

—Adiós, Anselmo, adiós, cuídate mucho, y ven a verme, adiós.

Vivía el viejo en el extremo sur de la calle gris de las Huergas, así que arrancó su marcha tras saludar a Manuela y alcanzó la calle de San Lorenzo con intención de acercarse a la casa del notario, sita en la calle de Herreros, justo por debajo de la Plaza del Mercado. Sorteaba baldosas flojas, restos de agua de baldes de limpieza, papeles o pies de viandantes deportistas, avanzaba sin prisas pero decidido. Un par de minutos de lento caminar le bastaron para cambiar su rumbo, y al alcanzar el enlace con la calle de la Presa, la que le sacaba de la ciudad por el extremo noreste, decidió desajustar su brújula y perderse por las afueras, por los arrabales de la plaza de San Lorenzo. Se dejó llevar unos minutos por los caminos de labranza hasta el trampolín sobre el arroyo que acababan de construir una semana atrás. Tal ingeniosa estructura metálica fue una extraña petición de los jóvenes enfermos de amor para calmar sus retortijones románticos. Desde allí lanzaban flores al agua, que se las llevaba lejos, ofreciéndole así al desdichado en amores, como el que escribe desazones y angustias y luego quema el papel, la poética táctica para olvidar a su querer. Decían las lenguas más bobaliconas y afligidas de amor, que saltando sobre las torpes

aguas del bravío riachuelo serían engullidos para siempre, o se les quitaría la tontería con un buen golpe. Comentaron los que lo probaban que la mejoría era manifiesta, y prontamente el afectado, con algún hueso roto, adquiría amor por sí mismo y por la vida, sentimiento que les hacía olvidar al que tanto echaban de menos. Desde su inauguración a su clausura, — tres días después— , saltaron cinco locos de afecto. Tres rompieron las piernas, otro un brazo y el hueso de la mandíbula. Solo uno, con suerte, vino a decir que era la experiencia más maravillosa de su vida; se había dado cuenta de que él mismo era el amor de su existencia. Sonrió Anselmo para sus adentros contemplando el vacío paisaje, las cintas de la policía local cercando la atracción y las nubes de insectos poblando el aire. Se dio la vuelta cuando recordó su intención primera, visitar al notario. Rehízo el camino andado por la calle de la Presa, llegó hasta la plaza de la Puerta del Obispo, pasó al lado del seminario y siguió hacia abajo por Caño Badillo hasta Puerta del Sol. Al lado de Casa Matadero divisó una pequeña aglomeración de verdes poblados de juncos, alhelíes en flor y un par de almendros en su máximo esplendor. Se acercó hasta un lúcido rosal silvestre con flores rosas creciendo sobre la tupida hierba. Se agachó sonriendo. Allí estaba ella, la niña de sus ojos que siempre jugaba debajo del rosal con su muñeca de trapo. Le dedicó una carantoña que rápidamente correspondió la niña, para a continuación, mostrarle, como cada día, su muñeca. Anselmo extrajo dos canicas de colores y las echó al suelo. La niña de carnes rosadas y párpados como burbujas tiernas rellenas de felicidad le dedicó un gesto de satisfacción; Anselmo acarició sus ligeros cabellos oscuros, flotando en el aire como dientes de león recién emancipados del tallo.

Se despidió con lágrimas en la mente y júbilo desmedido amontonándose en sus pupilas; prometió volver al día siguiente. En ese instante contempló el curioso interés de una cría de zorzal que asomaba detrás de una mata, entregada al libre albedrío, ese que otorga la excelsa inocencia. *Ipso facto*, al topar con la mirada del viejo, se activó su primitivo mecanismo de defensa y se mantuvo inmóvil para pasar desapercibida. Quiso Anselmo dedicarle una sonrisa e incluso una caricia no permitida por las reglas de la naturaleza y, haciendo el ademán de acercarse, ahuyentó a la cría alada, que hábilmente se sumergió entre las altas hierbas. La siguieron las manos del anciano dividiendo la espesura en dos, dando margen a la vista. Ante sus ojos apareció el generoso fluir de un diminuto torrente azul cargado de vida que en el horizonte serpenteaba bajo álamos, mimbreras y mostajos cargados de bolitas rojas. La misteriosa lengua de agua estaba flanqueada por espadañas y gentiles crecimientos de arbustos de saúco, hiedra y endrinos, que se entremezclaban con lirios, adelfas y especies invasoras tales que madreselvas y parras vírgenes. Lo más asombroso lo halló en un recodo de la serpiente de agua, donde libélulas de vívidos colores mezclándose con mariposas de grandes alas bordadas en púrpura, tomaban un baño; moscas, avispas y tábanos gozaban del sol balanceándose en hojas al ritmo de una suave brisa, y pajarillos con gafas de sol hacían caso omiso al catering que les ofrecía la naturaleza, y abrían sus alas para perfumarse con el aroma de rosales y espinos mientras refrescaban sus patas en el riachuelo, que parecía formar caras sonrientes en el lecho arenoso. Una meliflua sintonía emergía de la profundidad de los verdes contaminando el mágico ambiente de sosiego; Anselmo se dejó llevar por la contemplación. Detrás de la

pared verdosa se erigió un jacinto enorme de campanillas moradas cual altavoces que entonaban voces de distinta frecuencia dando lugar a una melodía deliciosa. Creyó el anciano que un hada, que solo vería él, se le aparecería de un momento a otro para regalarle la juventud que se llevó la bruja del tiempo. Así sucedió. Un jilguero alzó su trino fusionándose con la melodía de los jacintos y levantó vuelo para sostenerse sobre el fantástico entorno. A su lomo un topillo con sombrero de paja y ojos pintados con tizón sacudió una varita roja y verde, provocando una niebla de temperatura deliciosa que embriagó la nariz de Anselmo. Súbitamente, antes de abandonarse en los brazos de Morfeo, se preguntó cuántas generaciones habrían contemplado toda esa belleza, cuántas otras la contemplarían. Pero cuando despertó solo vio hierbas, sus manos arrugadas y telarañas deshaciéndose en los ojos. Se puso en pie y sonrió mientras movía la cabeza. Caminó lamentando la volatilización de la poesía romántica con la que convivió unos minutos, y se alejó mientras la cría de zorzal junto con el jilguero y el topillo a su lomo se asomaban para verle partir; la taumaturgia regresaba a su hacer cotidiano sembrando fantasías en el ecosistema del vivir oculto al humano.

Decidió el hombre escapar de nuevo de la urbe, y se dirigió hacia el este por un sendero atestado de musgo, extendiéndose bajo las frondosas copas de una apretujada arboleda, y escuchó por primera vez el canto del cuco. Era el mismo viejo ave de la última década, que se sabía muchos trucos para dejar su descendencia a buen recaudo. Dirimió que no le caía bien, pues le hizo pensar si «sus» hijos serían suyos de verdad. Sin mucha intención lanzó una piedra gorda al vacío, en la dirección de la que procedían los alegres

cánticos, y escuchó un ruido almohadillado cuando el pedrusco cayó a escasos metros de él. Le pudo la curiosidad, se acercó y descubrió lo que parecía un cuerpo humano en posición decúbito supino. Le zarandeó por los brazos sin obtener respuesta, así que lo volteó. Los ojos del individuo, un hombre joven, parecían flores color miel que reflejaban puntos brillantes procedentes de ráfagas de luz esquivando aleatoriamente las animadas hojas del bosque, confiriendo por momentos vida exigua a los fanales del finado. Estaba muerto, estado que constató Anselmo palpando las muñecas y el cuello de aquel cuerpo. Vestía un traje grueso de color marrón claro cubriendo la camisa blanca y una corbata azul decorada con jazmines. En la pechera lucía dos cruces de plata barata, de una de ellas colgaba una calavera de plástico con mirada desafiante. Horrorizado descubrió que al individuo le faltaba la última falange de un pulgar, que habría perdido en algún accidente mucho tiempo atrás, pues la herida estaba perfectamente cicatrizada. Un silencio de iglesia al bendecir la hostia se instaló como una cagada de gaviota sobre su cabeza. Percibió un dolor sin peso sobre su cuerpo, pero con cierta densidad extendiéndose por su alma. El tiempo se detuvo, las verdosas láminas de los árboles que minutos antes filtraban luz parecían fijadas por una pátina de barniz confiriéndoles la quietud del cemento; el cuco, al que no alcanzó la piedra de Anselmo, habría buscado otra rama para su descanso, las cigarras, grillos, saltamontes y otros diminutos bichos estridulantes ahogaron su presencia en el manto del bosque, y el viento, que vertía vocablos indescifrables al colarse entre los ramajes, se había retirado a sus aposentos. Decidido a pedir ayuda salió de nuevo al sendero con el corazón brincando en su pecho, alzó los brazos

para llamar la atención de cualquier paseante y observó que no había nadie. Un escalofrío se le arremolinó en el vientre, estaba solo con un muerto cuyos ojos hablaban de pena, la boca vocalizaba el nombre de un asesino y las manos dibujaban en el húmedo aire la desconocida forma del arma que terminó con él. Un sudor frío hizo acto de presencia cuando pensó que el cadáver tenía sus huellas.

Vencido por el miedo sintió desasosiego apoderándose de su lustrado cuerpo; el ruido de estertores sacudiendo el estómago le hizo pensar en un ajusticiamiento que no le pertenecía. Pensó rápido, echó la mano a su bolsillo y extrajo un pañuelo blanco con ribetes rojos que le recordaron la sangre detenida en sus muñecas, otorgándole a sus manos la blancura de un azulejo. El corazón se trasladaba a sus sienes para rugir con fuerza y acumular litros de sangre en la vena gorda que golpeteaba en su cuello. Regresó sobre sus pasos. Limpió desesperado la piel fría, cuarteada y morada del cadáver mientras le pedía disculpas al finado mirándolo directamente a los ojos. Como tomando consciencia de que cualquier prueba le podría implicar en aquel suceso, recogió toda la hojarasca que creía haber pisado mientras conversaba mentalmente con el desconocido muerto, la envolvió en el pañuelo y se alejó arrastrando las botas para borrar sus huellas, cerciorándose de que nadie le veía. Otra vez dirigió sus pasos hacia la urbe, entrando en ella por la calleja de la Raposa y de ahí por una bocacalle llegó a la Plaza de Mansilla. Minutos después se acercó al cubo de residuos que algún vecino apostó contra su muro con las buenas intenciones de no arrojar basuras al pavimento.

Siguiendo las directrices del despiste, simuló deshacerse de una bolsa de basura. Abrió una tapa oxidada para volcar

el hatillo de hojas con alto contenido delictivo y suspiró relajado. Allí quedaba su culpa, su pena y su recuerdo por el muerto. En el contenedor había alguna mosca encerrada, mosca cojonera que se apuntaba sin invitación a revolotear a su lado en busca de un condumio cálido y gratuito. En lo hondo del cubo, emergiendo como el profundo hedor que busca propagarse y deshacerse en el respiro del mundo, adivinó unos luceros que brillaban con timidez, y de vez en cuando perdían su luz. Una voz disimulada le pidió cerrar la cubierta cuanto antes, pues le estaban buscando. Le preguntó Anselmo quién era y qué hacía allí, pero el desconocido de facciones ocultas y voz queda, muy probablemente perteneciente a hombre mayor, y que sujetaba con firme intención una carpeta, giró la cabeza a ambos lados e insistió en quedarse solo: «Váyase, señor, váyase cuanto antes, estoy en peligro y usted también». Anselmo presintió estar hablando con un loco, otro absurdo despropósito que se cruzaba en su camino. Cerró con agresividad la tapadera, sellando así el percance que parecía entroncar de algún modo con el acontecimiento anterior para destrozar su sosiego. Caminó con paso rápido para alejarse del lugar, con la intencionalidad del que se vuelve a ilusionar por sentirse ligero, absuelto del pecado del mundo que se le cruzó por casualidad. Todo por escuchar al cuco y trazar una absurda línea de conexión entre los instintos de tal ave y la tela de juicio en la que ponía a su descendencia. Era una meliflua razón, pero razón al fin y al cabo, razón suficiente para causarle inquietud. Dejando atrás sus pasos, maquinando respuestas para posibles preguntas policiales, olvidó de qué lugar venía, a qué lugar se dirigía. Ya se había metido en el barrio donde creció, en el cruce entre Puerta Moneda y la calle de la Vecilla; frecuenta-

ba tal lugar porque allí tenía el bar Evaristo, hombre de bien y amigo de siempre, cuya propiedad lindaba con la de su difunta madre, para ser más exactos con el jardín de la casa de su madre Otilia. Evaristo era muy buen amigo, quizá el mejor, el más fiel compañero de andanzas en la juventud y hombre noble de bien. Anselmo le había prometido hacía muchos años que a su muerte aquel jardín ya vacío de rosas, narcisos, gladiolos, claveles y otras florituras sería para ellos, para que pudieran extender el bonito bar que tenían. Así andaba perdido en sus cavilaciones cuando una voz le asaltó con júbilo y emotividad.

—Señor Anselmo, muy muy buenos días — dijo una mujer con voz de pito y mirada afilada, ataviada con tan liviano vestido de flores que transparentaba sus costuras óseas. Sujetaba una regadera naranja lista para besar a las plantas con su boquilla blanca, surtidor de besos disfrazados de frescos chorros de agua. De la colorida prenda ciñéndose a aquel cuerpo enteco se habían enamorado varias mariposas, alevillas hermosas revoloteando revoltosas, empeñadas ellas en chupar el inexistente néctar brotando copioso de los impresos pimpollos. Se cubría la cabeza con un pañuelo blanco y completaba su sencillo atuendo con unos calcetines de punto, protegidos por unos ajados zapatos negros de charol.

—Hola, Adela — contestó con amabilidad.

—Viene usted muy muy pronto si su intención es tomarse un vinito con la insustituible tapa de callos — sonrió Adela.

Adela era la mujer de Evaristo, una señora que cocinaba los callos más ricos que jamás hubiese probado Anselmo, pero también era formidablemente pesada. La mujer

se aproximó y descansó una mano sobre la espalda del paseante, como si fuera una plancha apagada que quiere quitar arrugas del cuerpo y del alma.

—Lleva usted una camisa muy muy bonita, ¿qué tal va esa espalda que me han dicho a mí que daba guerra? ¿Y dónde dice que va? Trate de no cansarse y cuídese muy muy mucho.

Anselmo sonrió e hizo la intención de desprenderse de la «muy muy» — así la llamaban— con amabilidad.

—Ehhh, pues no, no venía a tomar un vino, en realidad, ahh — dudó y maquinó una rápida respuesta tranquilizante— , voy a, voy a dar un paseo, sí, eso. — En ese momento Anselmo se percató de que no sabía hacia dónde iba, tal vez a caminar, o a lo mejor a comprar la prensa— . Dele un saludo a Evaristo, tal vez más tarde me presente yo mismo a saludarlo y a tomar una ración de su especialidad, doña Adela. —Y diciendo esto se alejó por donde había venido.

—Así haré, don Anselmo, tenga un muy muy buen paseo —Adela saludó elevando la mano al aire, tratando de insuflar con su ceremoniosa sonrisa brío y cautela en los andares del caminante.

Se dirigió Anselmo con el ceño arrugado a casa, le desconcertaba en demasía abandonar su morada sin intencionalidad alguna. Al cerrar la puerta de su hogar, para zanjar la cuestión de su pronto regreso, le dijo a su mujer que había olvidado el monedero.

—Ay, hombre cano, parece que tienes envidia por los muertos, ¿acaso tienes prisa en abandonarme? ¿Acaso alguien corre detrás de ti para que te molestes pensando en lo que necesitas, o repases con insistencia la vacía agenda de tu día?

—No, Mónica — dijo Anselmo— , sabes que hay algo que me atormenta y quiero poner paz a las batallas de mi tranquilidad, que se llena de aves carroñeras y…

—Relájate, viejo, lo peor que te puede pasar es desaparecer y ya nada te podría importar.

—Me importa ser justo.

En ese momento sonó el timbre y la conversación se diluyó en el olvido como un azucarillo en agua. Eran los servicios del ayuntamiento, que apremiaron a Anselmo a dejarles entrar para desratizar el interior y aledaños de la vivienda, donde habían avistado enormes roedores. Decían las personas más asustadizas que los bigotudos animales de afilada dentadura salían por las alcantarillas y se colaban en las viviendas para alimentarse de viandas almacenadas en alacenas y estanterías. A una viejecita de al lado de la ermita se le apareció — decía ella— una muy grande con antifaz y navaja. Para librarse de la alimaña le ofreció un muslo de pollo y le rezó un responso con los ojos cerrados hasta que desapareció. Otras bocas comentaron que los roedores del demonio raptaban chavales.

—Bienvenidos, procedan como sea necesario — concluyó Anselmo, abriendo las puertas de su hogar a dos tipos vestidos en blanco neutro, con un chaleco naranja y mascarillas de plástico. Quiso identificar sobre sus espaldas un recipiente terminado en una goma en espiral con boquilla en el remate. Sus manos enguantadas portaban cajas de lo que supuso Anselmo serían pastillas. Los condujo al jardín antes de tumbarse en la hamaca del salón. Inspiró profundamente y escuchó lo que parecía el lamento de sus tripas o tal vez a su mujer faenando en el cuarto de al lado.

Despertó un par de horas después. No escuchó ruidos en el jardín y supuso que los operarios ya habrían finalizado sus tareas, supuso que saldrían a hurtadillas.

Paseó por el patio y no identificó nada distinto a lo que habitualmente encontraba su cansada mirada. Quedó un instante visualizando al manzano perezoso que no florecía nunca. Frunció el ceño, tal vez solo había soñado con el episodio de la desratización. En los últimos meses su mente se atiborraba de pensamientos relativos a víboras, rapaces, carroñeros, roedores o depredadores interesados en llevarse lo poco que tenía, eso sí, una vez que hubieran acabado con él. Estaba tan convencido de esa hipótesis que era posible que ahora la cabeza le jugara malas pasadas en forma de ensoñaciones mal paridas. Tenía que poner pausa a su beligerante máquina de imaginar o al menos zanjar el asunto del testamento, nadie se saldría con la suya, él decidiría quién se iba a quedar con qué. Estaba harto de malnacidos y bienhablados. No descansaría hasta que el tema de la herencia quedase solucionado. Anselmo descolgó de su rostro una maquiavélica sonrisa que por un instante le hizo rejuvenecer: tenía un propósito que cumplir antes de dar carpetazo a su existencia. Sus hijos, esos pérfidos ansiosos, no se llevarían nada, excepto la legítima. Algo le sobrevino al pensamiento repentinamente, se acarició la perilla y se dirigió a la cocina. Apartó la pequeña mesa donde realizaban la liturgia de la comida y arrastró la alfombra roja ribeteada en negro que ocultaba una trampilla. La levantó, una escalera de madera se sumergía en la oscuridad. Descendió unos peldaños, encendió una pequeña lámpara y un estanque de luz tenue embargó de calidez una bodega casi vacía, si no fuera por varios huesos diseminados, restos óseos por los que se

peleaban varias ratas. En una esquina se apilaba un amasijo de ropas que despedían un nauseabundo hedor. Sonrió y con un aplauso deshizo la disputa de ratas. Minutos después salía de la vivienda dejando un mensaje en el aire.

—Me voy a tomar un vino, Mónica.

Antes de que ella contestara cerró la puerta con un portazo que parecía ilustrar el regodeo que experimentaba para con él solo. Decidió irse de vinos y, ajeno a las ya irrelevantes experiencias vividas aquella mañana, Anselmo degustó con satisfacción unos licores de uva y tapas de callos junto a su compadre Evaristo. Después de esa taberna fue a otra y a otra más y otra después. Llegó a casa ebrio, cantando y riendo, exhausto por acarrear a un acompañante sobre su hombro, desconocido que tal vez hubiera bebido más que él y no podía con la vida. Para evitar preguntas y no socavar la bondad de Mónica, lo acomodó a hurtadillas en el sótano, entre ratas y huesos.

Aquella tarde un aficionado al atletismo había descubierto un fiambre mientras orinaba contra un árbol. Se le cortó el chorro al mismo tiempo que disimulaba un silbido que se escurría por sus labios. Tragó saliva y salió despavorido, llevando en su mente la fogosidad de unos ojos casi relucientes iluminando la medalla de dos cruces pendiendo de su pechera. Se le quedó grabada una piedra gorda al lado del finado. Ya se había instalado la noche cuando el atleta asentó su intranquilidad y recordó sus actos; atendió entonces a los requerimientos que le hacía su sano juicio: acudió a la autoridad y denunció el hallazgo. Para los agentes que investigaron parecía una broma macabra del denunciante, o quizá era demasiado tarde, en el lugar no había cuerpo,

quedaban únicamente perfiladas formas sobre la hierba que manifestaban instantes de asueto de algún yaciente. Tal vez, escondidos, se pudieran encontrar suficientes datos para que la policía científica iniciara una investigación más profunda. Pero los indicios constituían insuficientes motivos para ello. Debió ser un hombre durmiendo la siesta — dijo uno de los agentes.

Al gerente territorial de la empresa de limpieza lo encontraron tiritando en un contenedor; aludió que tuvo que esconderse hasta que se aplacara la ira de los empleados, interesados en apalearle tras ser informados por este de que los sueldos bajaban para los operarios y subían para los regidores.

ANTONIO

Antonio, primogénito de Anselmo, iba a llamarse como el padre. La madre se había negado, pero como el progenitor era obstinado e impertinente, se salió con la suya utilizando una baza desleal. Resultó que un buen amigo suyo trabajaba en el registro, así que a cambio de un buen favor con nombre de licor de bodega, el compadre lo inscribió en los libros oficiales como «Anselmo», pese a que posteriormente le echaran el agua encima mentando a otro santo. Mónica, su madre, terriblemente enfadada con la vil acción de su marido, echó una maldición: nadie le llamaría por su nombre real. Y así fue, desde pequeñito todos le llamaron Antonio. El muchacho era un tipo peculiar, alegre y despistado, buena persona, y también muy supersticioso: el misticismo preñaba sus soñadores ojos. A los quince años creía a pies juntillas que la señora Sagrario rondaba a los demonios de la noche para conservar la misma cara de vieja que tenía desde que él nació. Antonio ya superaba la juventud con creces y pululaba por la vida con la misma jovialidad que manifiesta un universitario comenzando el segundo año de facultad. Desde jovenzuelo reconoció una premisa en su vida: su estancia en este mundo estaba desti-

nada a descubrir rarezas en el comportamiento humano a nivel individual. Lo veían como un «raro» que, debido a su boyante economía, no necesitaba dedicarse más que a tareas del divino asueto; Antonio no mostraba debilidad alguna hacia un trabajo que le distrajera. Entre sus excentricidades, la predilección por apuntar datos singulares. Disponía de varios cuadernos donde registraba extravagancias que sorpresivamente asaltaban su conocimiento. Empezó anotando, cuando aún era un niño, una costumbre del abuelo materno, Abraham, tipo con carisma y también sordo, propietario de un bar, que aprovechaba cuando se agachaba debajo del mostrador a buscar una botella para soltar un prudente aire — estruendoso cuesco por contra— que decía dejarle como nuevo. Antonio, que supuraba ingenuidad por cada costado, reía pensando que el sonido lo hacía con la boca, ya que la flatulencia nunca llegaba a molestar su nariz en aquel lugar donde el olor a vino tenía su cama. De su abuela materna, Rosa, con quien pasaba largas temporadas, apuntó su maniático proceder con el canario y su jaula, la cual limpiaba por fuera y por dentro con esmero cada mañana, después sacaba al asustado pajarito y lanzaba un puñado de alpiste dentro de la cárcel metálica. Al soltar al canario dentro de su mazmorra este sacudía sus alas con virulencia y llenaba el receptáculo de plumas. Entonces la abuela repetía el proceso tantas veces hasta que el bicho se calmaba. Y qué decir de su padre Anselmo, que gustaba esconderse en el fondo del jardín, entre las ramas de la parra, y allí orinaba largamente, como si tuviera pis para llenar varias talegas, luego convulsionaba ligeramente para finalizar el chorro. De su hermana Ana anotaba las veces que se ponía y quitaba los pendientes frente al espejo de

su habitación, con una extrañísima manía que consistía en besarlos justo antes de guardarlos en su caja.

Ana, presumida niña, con el tiempo acordaría consigo misma que aquel espejo en que enfrentaba sus linduras infantiles sería el mejor espejo que existió en el mundo, pues los que se encontraría en su vida deformarían su cutis y lo atiborrarían — cada vez con más insistencia— de arrugas invasoras repentinas, de pliegues inservibles deformando su belleza, de granos caprichosos o colores de varias tonalidades: desde el insano pálido, al rojo vergüenza e incluso el amoratado síntoma de cercanía de muerte, esa que nos acecha desde el nacimiento.

(Este, tal vez, es un hecho que nos afecta a la mayoría: solo el espejo de casa nos refleja con sinceridad, el resto son solo malditas lunas reflectando nuestro más imperfecto yo).

Así que en la felicidad de su niñez, Ana jugaba con la bisutería; besaba tales propiedades, las cambiaba de mano, de muñeca u oreja, o las prestaba a sus muñecas.

Antonio creía recordar que los pendientes cambiaban de color y forma de un día para otro, como si aquellos besos fueran parte de un encanto que los indujera a un proceso de maceración en la caja, una mecánica que los transformaba milagrosamente. (Tal vez podemos hacer una mención especial para esos episodios mágicos o inexplicables que alguna vez nos sucedieron, y que en realidad son comportamientos originales, esperpénticos e inexplicables surgidos de ocurrencias absurdas en el momento adecuado; a raíz de tales comportamientos pasan cosas, y nos cuesta razonarlas; ahí entra la magia.

Dicho esto, imagínate que en tu niñez, después de pintar la pared con monigotes, le cuentas a tu madre que la culpa es de la mezcla de casualidad y comportamiento original.

No te va a salvar de un buen mandoble esa maldita casualidad arrogante que te cortejó anteriormente con razones, ¡menuda cobarde!).

Experimentó Antonio, en su infancia moribunda, un casual y extraño comportamiento — cosas del destino— y de forma tangente, con doña Sagrario, la vecina de enfrente. Quizá fue poesía sarcástica o tal vez drama viviente. Más que experiencia llamémoslo trance doloroso que dejó estigmas en la mente de Antonio hasta bien entrada su mocedad. La señora, casi anciana por su aspecto que no edad y poco amiga del ejercicio, al amanecer levantaba la oscura y roñosa persiana del baño con sumo esfuerzo, y asomaba su regordeta cara rancia con cierto disimulo antes de mirar hacia los lados repetidas veces, como juez de un partido de tenis de puntos largos. Antonio imaginaba que la mujer era un demonio reencarnado, capaz de adquirir distintos cuerpos y dimensiones. Como decimos, al venir el día izaba las persianas negras de la casa como si fuera una araña lela de una especie troglodita que se desplazaba por las sienes secas del edificio para otorgarle luz. En tales encuentros visuales, cuando la vista del chico se topaba con la jeta de ella, dudaba de la identidad de su vecina, convertida con tanta crema en un alien recién aterrizado de algún aterido pero cosmopolita planeta. Luego, la encontraba en la calle con la cara ya amarillenta y ametrallada de mil colores para disimular las gruesas hendiduras discurriendo por su rostro. Alguna vez, por la noche, la veía curiosear desde su ventana con una toalla cubriendo el pelo y la cara roja como un ladrillo, y siempre enfundada en un albornoz. Tenía doña

Sagrario la costumbre de abrir y cerrar tal vestimenta de ducha de forma repetida, probablemente porque la vieja prenda ya no diera más de sí para cubrir su completa orografía, de hecho, el perímetro de su anatomía no era ya medible por una cinta métrica de las que venden en cualquier ferretería, que no da más de dos metros. Un día de verano, el azar quiso que el jovenzuelo Antonio mirara la luna llena con los codos apoyados en la oscuridad de su alféizar. Sagrario salía a una especie de terraza con la luz apagada para no ser advertida, y se le antojó llevar a cabo la liturgia de abrir y cerrar el albornoz para ceñirlo, pretendiendo tal vez atraer la mirada de algún baboso murciélago que busca mosquito pero ha de estar muy hambriento para zamparse tan maño bicho. Antonio la vio desnuda; primero se horrorizó, luego devolvió la mirada al origen de la catástrofe para comprobar que sí había visto lo que vio, y cuando al día siguiente y al otro se repitió la lamentable estampa, decidió componer un aquelarre de preguntas sobre la extraña curvatura de aquel cuerpo, así como de las masas de material blando rebosante que lo cubrían. La miraba y sonreía estupefacto, era una escena cómica difícil de relatar a un interesado. Era ciertamente curioso el extraño proceder de la diva (no de Melody). Lo que causaba comicidad y repugnancia a Antonio — que a partir del segundo día aplicaba sigilo cuando coincidían la noche, la ventana y la señora delante de sus ojos— , es que pareciera que tal obrar gustaba a Sagrario, que se esmeraba en mirar el reloj mientras ejecutaba la pauta del cubrimiento corporal. Aquella señora era la perfecta materialización de una bruja, bruja que no era capaz de extraer un mínimo interés en los ojos de Antonio, aunque se aplicaba en su provocación disimulada. Las brujas maquinan, y por lo general, generan maldades. Dado que no

estaban en ningún espacio natural para buitres ni depredadores que quisieran tal carroña, doña Sagrario se prometió, ante el poco descaro y clara indiferencia del potencial *voyeur*, que la historia no quedaría así. Juró venganza ante la desfachatez del mirón, que no le correspondía siquiera con un besito. Un día, harta de no turbar para bien al mozalbete, se presentó en casa de este último y le cantó las cuarenta a su madre:

—El culebra de su hijo es un sinvergüenza — le espetó a la señora Mónica según abrió la puerta— , me mira todas las noches desde su ventana con libidinosos ojos llenos de lujuria. Me desea, se excita, se…

—¿Cómo dice, doña Sagrario? Es solo un niño aún vacío del oscuro objeto del deseo — escupió la respuesta el alma y los ojos se abrieron para dejar entrar la sorpresa.

—¿Qué?

—Déjelo, dudo mucho que la espíe mi hijo — y pensó que doña Sagrario tendría difícil que la mirara siquiera el espejo.

—Le digo que se aposta en su alféizar por la noche y me observa.

—Tranquila, cuando venga a casa le pediré explicaciones, pero le repito, Antonio tiene…, vamos que es un crío, usted… bueno, le preguntaré cuando vuelva si…

—¿Yo qué? — ni le dejó terminar la frase a Mónica.

—Nada, mujer, hay una diferencia de edad considerable, ¿no cree?

—¿Y usted no ha pensado que la carne es apetecible en cualquier envase cuando se tiene hambre? Ese culebrilla suyo debe tener las hormonas dislocadas — y Mónica pensó en-

tonces «y usted el cerebro como una loncha de queso sobre sartén caliente».

—Quédese tranquila, le aseguro que… nunca más, ya verá — compuso el ademán de cerrar la puerta pero doña Sagrario interpuso la mano, que sonó como un carrusel de hojalata debido a la chatarra alojada en sus muñecas.

—No me haga volver que traeré a la autoridad.

Quiso la fortuna que apareciese Antonio con una mochila al hombro.

Saludo, rodeó el cuerpo de la mujer y se escurrió dentro con diligencia.

—¿Lo ha visto, lo ha visto? Lo que yo le decía, una culebrilla escurridiza. Oiga usted, señorito — dijo la alterada vieja— , vuelva.

Mónica aprovechó la coyuntura para finalizar la conversación. Cerró la puerta al paso de Antonio musitando una tibia despedida; no esperó respuesta de la desesperada del amor.

—Hijo, ¿puedes contarme qué es eso de que miras a esa, ja, ja, ja, ja, ja, ja. — Se echó a reír— . ¿De verdad la espías?

—Mamá, la Bultos está loca, yo evito el espeluznante despliegue carnal que ofrece en sacrificio a la oscuridad; me limito a observar la luna, pero ella no hace más que desnudarse complaciente, insinuándose.

—¿Cómo la has llamado? ¿La qué?

—La Bultos, te aseguro que es como un balón de gigantes agrietado, parece que quisiera cortejarme. ¡Es irritante! ¿Qué quería?

—Ja, ja, ja, no, no será el amor de tu vida. Ha venido a decirme que la espías.

A Antonio se le hizo un nudo en el estómago. No daba crédito, no entendía cómo aquel basilisco podía erigirse cual Edipo y decir sentirse acosado por miradas lascivas. ¡Qué asco! Abrió la boca para intentar explicar lo inexplicable, pero su madre lo detuvo tapándosela con una mano: «Ni lo intentes, ja, ja, ja». Doña Sagrario no dio más guerra, nunca más trató de poner sus atributos a la vista de Antonio. Un día desapareció con un jugador de póker que perdía constantemente, pero, decía ella, tenía muy buena mano. Seguramente él le enseñaría a ganar en mesas de satisfacción, y tal vez ella le instruiría en el arte de la nigromancia; quién sabe, quizá también el jugador le ayudara a medir el perímetro de su presencia.

Antonio disponía de multitud de anécdotas; su idea era utilizarlas algún día como argumento sin orden ni concierto en un libro, publicarlo y viajar por todo el país presentándolo en ilustres instituciones. La penúltima singularidad de la que tomó nota se forjó contemplando a un hombre vestido de amarillo que tomaba café en la cafetería al lado de la casa de su padre. Siempre repetía el mismo repertorio: inclinaba la taza como si una gota lenta estuviera pagando el peaje de salida, y se quedaba largo rato, con la lengua extendida, esperando su caída. A veces el desconocido quedaba con Ana, su hermana, y disimuladamente ocultaba algo que parecía tener en la mano debajo de las faldas de ella. Interesado por aquel asunto, se colaba cuando estaba solo en la habitación de Ana para buscar aquella entrega y saciar su curiosidad.

Además de tener un perro blanco con lunares cuya inteligencia parecía superar a su dueño, Antonio contaba con pocos amigos; en cambio, disponía del beneficio de la suerte. En su carácter bonachón y menos serio que jovial, acreditaba